

SOLILOQUIO AMOROSO,

INTITULADO:

ASPIRAR AL IMPOSIBLE.

POR UN INGENIO SEVILLANO.

COrazon, no me dirás,
qué agradable tyranìa
es lo que mi pecho altera,
que quanto mas solicita
apartarme de tu incendio,
mas à tu incendio me inclina?
Qué pena es esta en que muero,
que dulcemente enemiga,
afablemente tyrana,
tiranamente benigna,
con lo mismo que me agravia,
con eso mismo me obliga?
Un amoroso trofeo
soy, dulce amor de sus iras,
un exemplo de finezas,
un compendio de desdichas,
un blanco de ingratitudes,
que en lagrimas compasivas
pagó feudo à una belleza,
que en correspondencia esquiva,

al

al templo fiel de mis ansias
buelve esquiveces indignas.
Trifte, pensativo, y solo,
ya discurro la flórida
selva, ya el empinado monte,
tras el ay de repetidas
quexas, que ablandarán peñas
por ser quexas, y ser mias;
mas es tal de mi pasion
la condicion esquisita,
que la soledad me enfada,
y la selva me contrifta.
O Monstruo bello de amor!
quièn eres, di, por tu vida?
què origen tiene tu nombre?
quien eres, bello homicida?
quien eres, rapáz vendado?
quien eres, divino enigma?
quien, dulce hechizo del alma?
quien eres, aleve dicha,
que traydoramente afable,
mas bien matas donde animas?
quién eres, pues, bello monftruo?
Mas callalo; no lo digas,
que palpitante mi pecho,
te lo dirán sus fatigas,
y te dirán, que eres Dios,
pues nadie ay que te difina:
solo el alma que te adora,
dirá quien eres. pues mira
por tus efectos la causa
de tu deidad primitiva.
Rendifteme, aunque eres niño,
à tu hermosa, y peregrina
aljava, que desde el arco
de tu imperio desprendida
clavó en mi pecho el rigor
de tus deftempladas iras,
y por los ojos del alma
aun vierte sangre mi herida,
que sin poderla curar
del tiempo los largos dias,
dulcemente la memoria
me atormenta, y martyriza.
O montes, ò soledades,
donde las lagrimas mias,
al compas de mis suspiros
bañan flores infinitas!
sirva de consuelo à un trifte
vueftra amable compañia,
y al corazon preguntadle
la causa que le contrifta.
Dime, corazon, amante,
què tienes, que asi suspiras?
Siento en el alma una pena,
que dulcemente me hechiza:
siento un dolor, que me agrava,
un tormento, que me alivia,
un dulce desasosiego,
una tormenta tranquila,
que en el mar de mis zozobras
la topó ayrada, y propicia:
siento un no sé qué en el alma,
que no sé como lo diga.
Parece, que eso es amor?
Sì, corazon, imagina,
que debe de ser amor
efta dulce tyranìa.
Pues si es amor, cómo callas,
si dá el amor osadia?
Callo, porque no ay remedio,
que es tal su soberanìa,
que superiores respetos
me imponen leyes precisas.
Pues morir sin explicarlas,
tampoco, que es mi desdicha
tal, que no me es permitido
ni callarlas, ni decirlas.
Quién es esa hermosa causa?
Quando mi imaginativa
en su concepto la forma,
solo en efta cortesìa,

po-

podrán responder por mi
mi sombrero, y mi rodilla.
Es muy hermosa esa causa?
Es la mas bella enemiga,
que del cielo del amor
hermosos rayos fulmina:
Es la que tiene en su roſtro
bien impresa, y esculpida
una cedula de hermosa,
con un NON PLUS ULTRA escrita.
(O Apeles, dame el pincèl,
Ceuxis, preſtame tus lineas,
Timantes, dame colores,
que en la escuela peregrina
del Amor, sin Alexandro,
mejor Campaspe se pinta
de un corazon en el lienzo,
donde eſtá su imagen viva.)
Y no puedes resiſtirte?
Pluguiese à Dios, que mi dicha
fuera tanta, que pudiera
resiſtir su llama activa.
Qué, en fin, mueres sin remedio?
Muero, en fin, sin medicina.
Pues venza el atrevimiento.
Es villana valentia.
Pues es delito el amar?
No lo es, quando à medida
del noble merecimiento
mide el respeto las lineas.
Pues di tu pena callando.
No quiere amor que le diga.
Ofende acaso el silencio?
Sì, que à eſta bella enemiga
las mudas voces del alma
tambien la ofenden, é irritan.
Por què? Porque es mi desgracia
de su ingratitud nacida.
No la obliga la fineza?
No, que es Dafne fugitiva.
Con que el quererla la ofende?
Sì, que es la Region que habita
tan alta, que à su deidad
no ay amor que la compita:
pues no amarla: es imposible,
olvidarla: es tyranía,
pues servirla: es ofenderla,
pues obligarla: es esquiva,
pues perseguirla: es deidad,
pues dexarla: (ay pena mia!)
pues no mirarla: (ò dolor!)
à eso el alma no se inclina;
pues adorarla: eso sì,
eso sì el alma rendida
hiciera. mas no es posible
que su rigor lo permita.
Por qué? Porque muero amando,
que es pension de un alma fina
morir terca mariposa
á la luz, à que se inclina.
Pues habla, y dile tu pena.
Ay Dios! Ay alma! Ay impía
dulce llama! si pudiera,
qué mas quisiera mi dicha?
No puedes? No, que al mirarla
es tanta mi cobardìa,
que tiemblo, y torpe mì lengua,
balbuciente eſtá, y remisa.
De què tiemblas? No lo sé,
no lo sé, que es mi fatiga
tal, que yo no sè explicarla,
aunque sè muy bien sentirla.
Quien ese temor te causa?
un respeto, una hidalguía,
un venerado recato
con que mi atencion la mira,
que pasando de fineza,
toca ya en idolatría.
Y el respeto infunde miedo?
Sì, que el respeto no quita
el imperio à la belleza,
con que arraſtra, y tiraniza.

Co-

Como arresìra la belleza ?
Amor las voces implica,
y el turbado pecho entonces
rompe en voces mal distintas,
porque haciendo el dolor fuerza
á pronunciarlas, palpita
muda el alma, y retroceden
à su centro las caricias.
O Troya abrasada! ô pecho
mio! bolcanes respira
por los ojos, que son rayos
mudos, con que Amor explica.
O bella causa! mal ayan
tu hermosura, y mi desdicha,
tu belleza por tyrana,
mi desdicha por indigna.
Y asi Amor, pues no ay remedio,
ya que las lagrimas mias
corren liquidos crystales
por mis palidas mexillas,
tomate allá aquese llanto,
y dila à aquesa enemiga,
que reciba esos despojos,
que mi amor la sacrifica;
Dila, corazon, que mire
que es Deidad, que compasiva,
mire mi delito, como
Deidad que lo fiscaliza.
Dila, que rabiando muero,
y dila, que agradecida
solo la busca mi amor,
pues no puede ser propicia.
Dila, que muero à sus ojos
con estraña alevosia,
pues es basilisco hermoso,
que me ha muerto con su vista.
Dila, que el dolor me mata,
y que mis voces sentidas,
à su piedad llaman donde
lastimosamente gritan.
Dila, que à los ojos llega
este esqueleto con vida,
este difunto con alma,
esta, aun caliente zeniza,
este racional estrago,
que la dice: Mira, mira
este espectaculo, ingrata,
de quien tu fuiste homicida.
Dila, en fin, à esa tyrana,
dila à esa belleza esquiva,
dila à esa inhumana fiera,
à esa tigre vengativa,
à ese bellisimo engaño:::
Mas tente, no se lo digas;
pero aguarda, no lo calles,
no sè como lo repita,
pues idolatro sus luces:
(ay lengua, qué te deslizas!)
en la batalla de amor
triunfos mi dolor consiga:
y dila pues que me ha muerto,
que si pasáre algun dia
por mi sepulcro, contemple
bien mis pálidas cenizas,
y diga con un suspiro:
Qué lastima! en esta pyra
yace un violento despojo
de mis inhumanas iras;
y compasiva, y piadosa
llegue à mi losa, y escriva
en mi helado marmol duro
un epitafio, que diga
aqui muere, y aqui vive,
aqui suspira, aqui espira,
y aqui yace por amarme
el Monstruo de las Desdichas.

F I N.